

Beñat Arregi (1973-2004)

Cien mil silencios

Educar es una invitación a navegar en el amplio y ambiguo mundo de la empatía. Nos permite transitar por las etapas de crecimiento, mirarlos y mirarnos, observar sus analogías, aceptar sus disidencias. En esa dialéctica de la enseñanza entramos a formar parte de la construcción intelectual y emocional del niño en su adaptación a la realidad. Al fin y al cabo todos estamos condenados a esa síntesis de ser y evolución.

Beñat Arregi, como tantos niños y niñas, recorrió, bajo mi tutela de formador visual, los avatares que marcan la retahíla de transformaciones precipitadas que todo individuo experimenta desde edades tempranas. Es, en esos primeros años, donde la genotipia se manifiesta con mayor transparencia y que, por lo común, definen esencias que nos acompañan toda la vida.

Lo recuerdo silente, en un estar desapercibido como si caminase de punta de pie para no ser escuchado; en la sombra pero atento. Con el tiempo fui descubriendo que, detrás de esa frágil timidez, escondía una convicción por lo que hacía. Así sus trabajos estaban llenos de intenciones, contruidos desde una avidez inocente por contar, por cultivar experiencias en una dinámica vital que dejaban entrever una cualidad sugestiva que contradecía su apariencia remisa: cada decisión vislumbraba una importante dosis de audacia. Era su secreto.

El despertar al pensamiento abstracto definió, paulatinamente, sus aspiraciones que concluyeron en la Facultad de Bellas Artes y una posterior determinación hacia lo audiovisual donde lo conceptual y lo plástico se funden en una necesidad por encontrar un espacio desde el cual ver y ser. Edorta Lángara, amigo y compañero de andanzas durante esos años, contaba que su experiencia en Berlín significó un cambio en conceptos y tendencias que definieron su obra posterior. Durante aquellos meses, se nutrió de vivencias que fue soltando, en un recorrido aparentemente dispar, proyectos, acciones e instalaciones experimentales, influenciados por aquellos eventos artísticos contemporáneos de la década de los noventa.

Para Beñat la fotografía fue su herramienta esencial, qué duda cabe, su vínculo por el cual tejía su entramado de ideas e intereses ¿Pero son sus obras fotografías? La libertad y los recursos con que la utiliza dejan en evidencia que no se limitan a los parámetros de la técnica. Van más allá. En ese pensar, tuvo referentes que marcaron sus obras, sus búsquedas que expresan complejidad, quizás un reto, que embargaba su existencia. Así lo manifiestan sus preferencias por los transformismos de Cindy Sherman, por la obra lúdica y fascinante de Man Ray, y por el carácter innovador de Moholy Nagy. En todos ellos hay un hilo conductor donde la fotografía se instala como protagonista pero es el carácter transgresor, que los caracteriza, del cual Beñat se nutre y por el que se siente fuertemente atraído. El laberinto que dibuja el destino ahora nos devuelve la imagen de aquel niño silencioso que escondía un secreto, revelado en estas obras que nos hablan de la sinrazón, de la elipsis de un pensamiento inacabado.

Una mañana desafortunada, un fallo ilógico e injusto desintegró un designio en construcción. El frágil hilo por el cual caminamos el sentir de lo que somos, se partió; en él la vida en nosotros su presencia. Aquel día nos dejó un silencio de cien mil latidos y un misterio que resuena en una respuesta imposible.

Eduardo Arrezgor